



VELOCIDAD Y LENTITUD EN LA POESÍA ESPAÑOLA

◆ JUAN CARLOS ABRIL

Resulta complicado atender a las novedades de la poesía española contemporánea cuando el concepto de “novedad” ha evolucionado hasta el punto de hacer irreconocible lo que hace pocos años dábamos por válido. En una librería no duran los libros de poesía más de tres meses, con suerte, y los suplementos literarios –con cada vez menos incidencia– en papel, se mueven de manera interesada y piramidal, *holdings* que agrupan desde el leñador que corta el árbol y la papelera que procesa el papel, hasta la editorial que lo edita, los diarios donde se reseña y los reseñadores que elogian al libro de turno. Incluso promueven premios literarios que se quedan en casa, ya que los autores suelen participar con columnas de opinión o tertulias radiofónicas donde de manera endogámica se repiten los mismos nombres. Así el pensamiento se recicla y se perpetúa. Así funciona el poder. Aunque el papel se halla en entredicho, se está reduciendo casi exclusivamente al libro, y las cosas están cambiando. La influencia de la prensa se está constriñendo al espacio virtual, la radio y la televisión.

Prensa escrita, sí, pero en la red, en la pantalla. Cuando queremos acceder a la información vamos a la red, no vamos ya al kiosco a comprar el periódico. Sólo la gente mayor sigue comprando su diario, lo cual sigue teniendo su tradición y su romanticismo, pero los más jóvenes acuden a la pantalla, y casi por lo general al teléfono móvil, que se ha convertido en primera instancia en la herramienta más recurrente. A veces, cuando las aplicaciones del teléfono no te permiten hacer una cosa u otra, acudimos al ordenador, que suele tener más funciones (aunque no siempre, pues hay opciones que da uno que no da el otro, y viceversa). Ese puede ser un panorama muy resumido de la situación.

En este nuevo espacio, la implantación del libro electrónico es más relativa, ya que no todo el mundo le ve utilidad. Mucha gente compra el libro electrónico y se descarga miles de libros gratis, ¿pero de qué sirve? La cultura del libro es bien distinta. Aunque cada lector posee sus propias manías y particularidades, y no todos son especializados o cualificados, lo cierto es que la lectura implica un grado de perfeccionamiento cada vez mayor. No se trata de que todos seamos filólogos, pero la verdad es que mientras que no todos podemos ser matemáticos o realizar por *hobby* –ojo, no *hobby*– ecuaciones diferenciales, en literatura sí que leemos por *hobby*, llegando a poseer una biblioteca sólo por gusto. La literatura posee ese grado de intrusismo que no es habitual en otras disciplinas. En general todo lo relacionado con la palabra –oral y escrita– ofrece esas posibilidades, véase el periodismo, que es quizá la profesión que mayor grado de intrusismo posee. Pero la cultura del libro físico no se pliega al libro electrónico con tanta facilidad. Obviamente ha habido mucha gente que se ha beneficiado y que ha aprovechado el nuevo soporte, lectores de *best-sellers* y demás, pero el lector formado, el lector avisado, ese no se encuentra en la órbita del eBook, no al menos por el momento, y no mientras que este no ofrezca un grado de especialización como el que se necesita, es decir un alto grado de especialización. Ni se venden los poemarios en formato electrónico (aunque cada vez hay más editoriales que incorporan el formato electrónico en sus catálogos), ni las novelas del siglo XIX (las menos populares, o las de cualquier siglo), ni en general mucha literatura de baja intensidad mercantil, con un público menos masivo. He ahí el momento en que se diferencia el público de los lectores. La poesía

ENCONTRAR UNA LIBRERÍA QUE CONOZCA BIEN LOS TÍTULOS Y LAS EDITORIALES EMERGENTES, O CONSAGRADOS, LOS AUTORES Y LOS LIBROS DE REFERENCIA, CLÁSICOS, LAS REEDICIONES, LOS QUE SE ENCUENTRAN AGOTADOS, NO ES FÁCIL.

siempre tuvo lectores mientras que la literatura –y en especial los *best-sellers*– ofrece un espectro más amplio, el del público. También hay novelas, cuentos y prosas que son más propias de lectores, pero la novela, y en general las novelas de autores “famosos”, calificadas como subliteratura, se hallan en otra órbita: ahí es donde está el público. Afortunadamente en poesía existen otros parámetros. Si la cultura es una realidad compuesta de centro y márgenes, la poesía se encuentra en el margen (Eliot, 1949).

Como hemos dicho, un libro especializado posee una duración relativa en las estanterías de una librería, y más tratándose de un poemario, que siempre funciona por otros parámetros distintos a los de la lógica del mercado, como bien explicó Pierre Bourdieu (1995). Además, también se ha sustituido el oficio de librero por el de vendedor de libros. Digo esto a propósito de otros oficios como el de carnicero o pescadero, que ahora son simplemente vendedores de carne o de pescado en grandes superficies. Se ha sustituido el oficio por el trabajo, y no es lo mismo. Esto también ocurre con los vendedores de libros, como una vez se llamaron a los vendedores de enciclopedias, personajes grises sin vocación que iban al tanto por ciento y no tenían ningún interés ni en el producto ni en la formación del individuo, pues lo que les interesaba era vender. Igual ocurre con los vendedores de libros actuales: las librerías se han convertido en sucursales de las grandes multinacionales. El mercado anima las ventas (Abril, 2014), y está bien, pero encontrar una librería que conozca bien los títulos y las editoriales emergentes, o consagrados, los autores y los libros de referencia, clásicos, las reediciones, los que

CADA VEZ SOMOS MÁS IGUALES Y PENSAMOS DEL MISMO MODO. Y PARADÓJICAMENTE NOS PENSAMOS ÚNICOS.

se encuentran agotados, no es fácil. Hay librerías que ni siquiera venden ese libro específico que necesitas, porque no les interesa, porque eso no les trae cuenta. Debes ser un buen cliente para que se animen a traerte los libros que les pides, siempre y cuando se los distribuyan sin demasiados problemas, porque si se trata de volúmenes hispanoamericanos, entonces ya ni hablamos. En fin. Puede ser que esto también cambie, tanto a mejor como a peor. La realidad que describe Bourdieu no es eterna ni inmutable, aunque el horizonte en que nos desenvolvemos, por el momento, no ofrece otras alternativas.

No obstante siempre hubo un abismo entre lectores de poesía y mercado, ya que este no podía regular que un poema circulara libremente y gratis entre las conciencias de los lectores. Con la modernidad aparece el mercado “actual”, pero también comienza la poesía a establecerse como un género aparte, funcionando independientemente de las normas impuestas, la razón instrumental y los mecanicismos propios del sistema. El poeta se aísla de la sociedad, pero no es una característica única del poeta. Cada vez más nos creemos más especiales y únicos, cuando los procesos de homologación cultural, y unificación de los discursos ideológicos, son más potentes, como denunciara Pasolini en la década de los setenta. Cada vez somos más iguales y pensamos del mismo modo. Y paradójicamente nos pensamos únicos. Así, cada uno de nosotros se siente en libertad de abrir un blog mientras que antes no era tan fácil publicar un libro. Ya sé que no son hechos equiparables. Un conocido mío se jacta de publicar en su blog todo lo que escribe. Sus poemas, a mi entender, no valen nada, pero él está muy orgulloso de sus publicaciones. No pretende, según él, hacerse famoso ni ser conocido como poeta. Todo esto según él. Sólo lo publica por el mero hecho de darse el gustazo. Sin embargo, su vanidad de poeta le traiciona no pocas veces. Nadie publica un poema por publicar, nadie escribe por escribir. Todo poeta quiere ser leído o escuchado. Y él también: un día me pidió publicar unos poemas en *Paraíso* y le contesté –para quitarme de en medio el compromiso– que la revista sólo publica poemas

inéditos, y si aparecen antes en internet, ya no se publican en la revista. Él comprendió que lo que yo argumentaba era algo más que una cuestión de formato, porque me atreví a hacerle alguna sugerencia, muy sutilmente, estética. Todo lo captó de manera inmediata y me retiró el saludo. Así son los poetas, publiquen donde publiquen, en blogs o libelos. Juan Carlos Rodríguez, el *magister*, me dijo hace más de dos décadas que si dos arquitectos se pelean por la adjudicación de una obra, tiene mucho sentido, porque pueden tener en juego millones –ahora euros–, pero si dos poetas se pelean por tal o cual endecasílabo, imagen o poema, ¿qué ganan? Además, incluso publicar hoy día se ha convertido en algo relativamente accesible. En España se editan más libros que nunca, cada año se superan las cifras, y España abastece a toda Hispanoamérica. Ahí queda eso: cualquiera puede abrir una página de Facebook y autopromocionarse, conseguir 10.000 likes y colocar fotos de un evento donde has leído poesía en la Sociedad de Amigos del País, en una Hermandad cofrade, en la Fundación de Periquillo Pérez, o te han editado un libro porque has ganado el Premio de Mengano Rodríguez, ¿quién se atreve a decir que ese poeta es bueno o malo y hacer un juicio de valor?

Esta contradicción se genera por la propia dinámica de nuestra sociedad. Al mismo tiempo que hay más medios, también se difuminan más los criterios para establecer dónde y cómo leer, es decir a quién leer. Nos creemos estupendos y tenemos medios para publicar, de acuerdo. Hay poetas muy mediocres y muy locuaces – muy sonrisueños– que no paran de subir fotos a todas las redes sociales habidas y por haber. Frente a eso, o mejor dicho, paralelo a eso, el poeta encerrado en la torre de marfil, como propugnaba Juan Ramón Jiménez, ha creado también una especie de esquizofrenia de la diversidad que ha desembocado en una identidad repetitiva de la “especialidad”, cuando lo que nos encontramos en realidad son personajes sin ningún valor, sin ninguna carga discursiva, sin relato. Seres vacíos que enuncian lo que son por su juventud o su arrojo, pero que acaban desinflándose y convirtiéndose en caricaturas con los años. Todos quieren ganarse la vida, abrirse paso, pero

ya está bien de ir dando codazos. Los años, esa prueba de la resistencia, sí, pero también del talento y la formación. Y aquí matizamos que talento y formación, unidos al entusiasmo, hacen que un poeta valga o no valga, formule la propuesta estética que formule, y se desenvuelva en el formato que se desenvuelva. Aun así, es obvio que cada siglo va imponiendo una vuelta de tuerca más al género poesía, a la lírica, aislándola y creando su aura “sublime” y esencial por encima de cualquier otro arte... Pero desmitificando esto, que nos llevaría por otros derroteros, y aunque se imponga la lógica de la supervivencia al margen del mercado, ponerle límites a la poesía es como ponerle puertas al campo, tarea fallida desde antes de ser concebida. La frontera entre “la oralidad y la escritura” (Ong, 1987) explica muy bien que tiempo después de que la escritura haya calado en una sociedad, todavía hay recelos hacia la palabra escrita. No sé si eso ocurrirá con la palabra virtual, con la poesía y la literatura en general que circula por la red, pero da igual. Lo cierto es que hay un hecho distintivo. Por un lado, la poesía –si es buena– sobrevive independientemente del formato, y por otro, los nuevos formatos fomentan otros campos, y se lee más. Leer más siempre es bueno. No voy a entrar aquí a cuestionar si lo que se lee posee criterios de calidad o no, y si por eso un poeta vale la pena o no. Hay muchos críticos que establecen sus criterios en torno a cuestiones cuantitativas, pero eso sería remontarnos al debate del huevo y la gallina. Leer más siempre es bueno. Internet ha fomentado muchas cosas y ha creado un nuevo modo más para acceder a la lectura (García 2008 realiza un panorama sistemático e interesante, aunque requiere hoy de actualización). Celebremos esto, pero no nos conformemos, ni nos confundamos, y no bajemos la guardia: el hecho de que haya una herramienta más no significa que se lea mejor, y ahí tenemos el ejemplo de la televisión, que en vez de mejorar la formación de los televidentes ha empeorado ostensiblemente en las últimas décadas, pues rebajó la programación hasta la telebasura, buscando los instintos más básicos, el patetismo, el populismo... Bueno. Tengamos esperanza en lo que simboliza Internet, en lo que significa este nuevo espacio. Aunque también habría que preguntarse, a propósito de esto, si no hay poesía que también rebaja su carga poética con tal de llegar a esos instintos, al patetismo, al populismo... Todo es válido “porque, como las paga el vulgo, es justo / hablarle en necio para darle gusto”.

No existe un *a priori* en torno a la poesía, como una esencia que tenemos que rescatar a partir de nuestra mirada –siempre subjetiva– o una realidad –objetiva y ajena– que acaba convirtiéndose en el modelo a seguir. Lo único que cambia es cómo circula la poesía, pero la “libre” circulación sigue siendo su cauce lógico, necesario e inexorable. La lectura y apropiación –individual o colectiva– de *las palabras* –en minúscula y en plural– es una herencia del ser humano que no podrá cambiarse fácilmente. Ni prohibiendo los libros, como en *Fahrenheit 451*, de Ray Bradbury. De lo que se trata muchas veces es de cómo el lector se enfrenta a esas palabras, no de cómo circule. Las palabras llegan de un modo u otro. Es el significado, el cómo, llega o no llega. En la Edad Media, por ejemplo, podían memorizarse los romances y los cantares de gesta a través de técnicas mnemotécnicas como la repetición de los epítetos, lugares comunes o rima. En la actualidad, y tras la revolución mallarmiana, la poesía no se memoriza ni responde a los parámetros de la rima. Hay un cambio importante y el ritmo se convierte en la clave de un poema, igual que si una composición se

EL CRITERIO NO ES ALGO QUE SE ADQUIERA EN DOS DÍAS. NO SE TRATA DE GUSTO, SINO DE FORMACIÓN.

tratara, donde no puede faltar el elemento musical que da *estructura*. Fondo y forma, un poema participa de dos elementos, música (o ritmo, o forma), y contenido (o significado, o fondo). Detectar cuándo un poema cumple con ambos requisitos no siempre es tarea fácil para el lector, que posee muchos estímulos para acercarse a la poesía. ¿Todo es válido? Entonces, ¿cómo estipular qué es bueno o qué es malo? Si me gusta leer un poema, me apasiona o emociona, ¿no merece la pena? ¿No cumple ya una función, y para eso precisamente fue escrito? Sin embargo, el criterio no es algo que se adquiera en dos días. No se trata de gusto sino de formación. Y aun así habría mucho que decir. Es muy complicado pontificar qué es buena poesía o mala, se escriba en la red o no, aunque allí se produzca un hecho que no se produce de igual modo por escrito, y es que cualquiera puede tener un blog. Repito: aunque cualquiera puede publicarse –autoedición– un libro, no es

tan sencillo como abrir un blog. En eso al menos estamos de acuerdo. Y ahí comienza el escaparate. Y los seguidores. Y los likes. Dejo estas ideas aquí apuntadas más como elementos de reflexión que como conclusiones, pues en todos estos asuntos las preguntas superan las respuestas, y al encontrarse en movimiento constante, más todavía. Y aquí entra la velocidad, muy en relación con la facilidad con la que accedemos a la red. La poesía es todo lo contrario a eso. Ni el rap, ni la canción que se pasa de moda, ni la serie de televisión. La poesía no conoce la prisa, y sus cauces de expansión y permanencia son muy distintos. Siempre en poesía hay una reivindicación de la lentitud implícita. Todo buen poeta posee biorritmos al margen de las prisas cotidianas, y desconfío de los poetas que publican mucho, a no ser que sean genios. No dudo de que hay genios en poesía, pero son pocos, como aquel “Inventario de lugares propicios al amor”, de Ángel González. Cuando me refiero a genio aludo a esa capacidad verbal –al genio tutelar (Agamben, 2005: 9 y ss.) que nos define desde que nacemos– extraordinaria que tienen algunas personas, ese don innato por verbalizar la realidad, por extraer de la realidad poesía. No hay nada metafísico. Es sabido y asumido que hay gente con diferentes talentos y aptitudes.

En concreto, un genio poético tiene que tener dos cualidades: haber creado un estilo, un discurso poético, y saber hasta dónde se repite. Cuando un genio es consciente de esto, puede reciclarse. Esos sí son capaces de publicar más, en caso de ser conscientes hasta dónde su fórmula es capaz de renovarse, indagar en ella, y mantener el pertinente silencio, en caso necesario. El resto, el común de los mortales, tenemos que publicar un libro cada diez años, con suerte, y pensar y repensar muy bien qué publicamos. Hoy día, por ejemplo, las legiones de imitadores de Luis García Montero o de John Ashbery, por poner dos paradigmas contemporáneos muy seguidos, suelen ser actualidad. Luis García Montero es el poeta más leído en lengua española, y también el más imitado. Acordémonos de Juan Ramón Jiménez. Cuando se fue dando cuenta de la capacidad de su voz poética, y le escribían de todas partes del orbe hispánico, él siempre atendía a sus imitadores con

mucha amabilidad, mientras que para los demás –los que no le mostraban sus respetos– se mostraba absolutamente envenenado. No voy a comparar a Juan Ramón Jiménez con Luis García Montero, son dos mundos diversos, pero sí en el sentido de haber creado una escuela. Ya se sabe la mala leche que gustaba JRJ, quien rompió con casi todo el 27 excepto Altolaguirre, “discípulo” suyo a pesar de no imitarle. No soportaba que los del 27 hubieran emprendido sus propios caminos. Hoy día Luis García Montero genera imitadores, admiración y expectación en todo el mundo hispánico. Los que somos discípulos suyos, sin imitarle, sabemos de su generosidad, su amistad y su complicidad. Hay muchas maneras de imitar al maestro, y sus lecciones –poéticas y teóricas– son amplias y ricas

como para leerle desde muchas direcciones, tantas como seamos capaces. Un inciso: en el realismo y en el lenguaje pragmático se halla la poesía social, que se alía con la sentimentalidad en el caso de la poesía española de las últimas décadas. Cerca se

encuentran la canción y la denuncia, y eso facilita la comprensión. En algunos casos, incluso, con demasiada obviedad, límite o frontera donde siempre la poesía social se topa. Donde siempre se topó. Pero eso tampoco es nada nuevo.

Por su parte, la poética ashberyana ha fertilizado muchas poéticas actuales, no sólo hispánicas. No hay oposición con el realismo, aunque es un discurso distinto con bastantes e importantes seguidores en España e Hispanoamérica también. A partir de Ashbery se abre una concepción “menos” realista –en el sentido lineal y borgiano– y más fragmentaria que ha colonizado el discurso poético de las dos últimas décadas. Sus libros han proliferado. Está claro que Ashbery es un genio poético, candidato al Nobel que a lo mejor no lo gana, como tantos otros que nunca lo ganaron, pero en cualquier caso ya consiguió la gloria por la cantidad de seguidores. Y por su evidente valor literario, independientemente de gustos. Se trata de un discurso poético complejo que combina realismo fragmentado con asociaciones y analogías, imágenes y superposiciones de planos y pensamientos, en continuo diálogo con la vanguardia. Es un discurso más difícil para el lector, e implica rechazo. Es más dúctil estilísticamente, se abre

**EL RESTO, EL COMÚN DE LOS MORTALES,
TENEMOS QUE PUBLICAR UN LIBRO
CADA DIEZ AÑOS, CON SUERTE, Y
PENSAR Y REPENSAR MUY BIEN QUÉ
PUBLICAMOS.**

otras posibilidades, pero también culturalista, pues lo que gana en riqueza estética, lo pierde en accesibilidad.

En las redes, como en cualquier otro formato, un contenido que se comprenda tiene mejor acceso que otro que no se comprenda, y esto en poesía es servir la cabeza del Bautista en bandeja de plata. Nosotros, los Salomé de turno, la pedimos sin remordimientos en el mismo momento que no nos gusta algo. A nadie le gusta ir a leer poesía y encontrarse con un jeroglífico. Pero tampoco que te cuenten algo que ya sabes. La poesía debe escharbar en la realidad, esto es indagar en la ideología del momento, en los discursos que nos atraviesan, que nos configuran. No se trata de repetir lo que ya sabemos, ni de repetir lo que han dicho otros, sino de hacer explicar o analizar –a través de la poesía– la realidad, el misterio de la realidad, con el lenguaje de la creación. Demasiado a menudo oponemos realismo a fragmento, como si esos fragmentos no fueran parte del puzle o poliedro de la realidad. Cuando Pasolini hablaba de “cine de poesía” frente a “cine de prosa” de Rohmer, lo que discutían no era que un cine fuera poético y otro prosaico, que un cine tratara asuntos más complejos (poéticos) y otros más fáciles (prosaicos). No. Lo que argumentaban cada uno eran dos propuestas formales, y aquí viene de perlas el símil: en poesía también hay una propuesta “poética” y otra propuesta “prosaica”. La propuesta “poesía poética” trabaja el fragmento, la secuencia, el capítulo, y no tiene por qué tener un final cerrado, borgiano, una historia desde el inicio al final bien detallada, con el máximo de particularidades. La posibilidad de enfocar desde distintos personajes, o de diluir al personaje en el vacío, a la manera de Lipovetsky, por ejemplo, y focalizar así varias historias y realidades, es también realismo, pero desde una perspectiva múltiple. Por el contrario, la “poesía prosaica” es todo lo contrario: la historia “bien” contada, sin demasiados trucos, con una argumentación –la razón poética– lineal y un trasunto cerrado... Todo esto –con otras palabras– lo abordé en mi prólogo a *Deshabitados*, en 2008, pero hoy día sigue teniendo validez. Esta nueva caracterización a través de “poesía poética” o “poesía prosaica” me parece muy oportuna para analizar no los discursos, sino el modo de esos discursos. La historia de la literatura nunca ha sido la historia de qué, del por qué, del dónde o del cuándo, sino del cómo. Lo importante siempre es el cómo. Lo que cambia no es la realidad, que siempre está ahí esperando ser escrutada, sino el modo de examinarla.

En cuanto a las redes sociales, el fragmento se expande como cualquier otro “estilo”. No existe un modo distinto de lectura o de escritura a través de la red, ni una circunstancia

que asocie fragmento a internet. Sí existe, por el contrario, una manera de mirar que ha cerrado y diversificado los pensamientos únicos y cerrados, no se aspira a la unidad ni a la realidad única, a pesar de la oposición de los holdings. ¿Esta disgregación de pensamiento es conservadora? ¿Es posmoderna? ¿Hemos renunciado a una respuesta global al liberalismo? Puede ser, puede ser. Lo cual no implica que hayamos perdido la guerra, o que no sigamos pensando cómo articular herramientas frente a la barbarie. Cualquier época posee mecanismos de relación entre los textos que se escriben y los lectores, una suerte de actualización del pacto autobiográfico relanzado a través de la simbiosis texto/lector. Porque olvidémonos de una vez por toda de esa patraña de la relación del escritor con sus lectores, no hay ningún hilo que los una, ieso es pura superstición! Así que no confundamos: lo importante es el texto, y el lector es quien se enfrenta a él con diferentes capacidades. Que los escritores vayan un paso por delante de la sociedad no debe sorprendernos. No son los únicos. Los artistas, los visionarios, los soñadores, o también mal llamados “idealistas”, suelen estar siempre un paso por delante. Lo que hace falta es que esos discursos acaben calando en la sociedad, o que la sociedad se reconozca en ellos. La red podría facilitar todo esto, y ahí se crean de nuevo confusiones con la instrumentalización del medio. He hablado de confusión no porque sienta algún mal augurio apocalíptico, o sea pesimista, sino porque si fuera tan fácil escrutarse la realidad, ni habrían existido religiones en la historia del hombre, ni se intentaría desentrañar el misterio que nos rodea, la vida y el mundo. Porque la poesía indaga en el misterio, lo explica, lo desentraña. Lo desenmascara. Pero vivimos rodeados de confusión.

Confusión... en esta torre de babel –como vaticinara Walter Benjamin– de *La obra arte en la era de su reproductibilidad técnica* son muchas las propuestas, muchos los estímulos y muchos los referentes. En medio de todo este marasmo de posibilidades, el artista debe formarse gadamerianamente, y presentar una obra que resuelva poéticamente las contradicciones del tiempo que le tocó vivir. Muchos artistas, poetas, etc., hablan o cacarean, repiten mecánicamente lo que ya otros dijeron o lo que flota en el aire. Les sirve acoplarse a los discursos conocidos en vez de trabajar ellos mismos su propia lectura. ¿Qué quedó de los imitadores de Rubén Darío? ¿Cuántos poetas se salvan de los epígonos del modernismo? Un poco Villaespesa, Lugones, algo de Juan Ramón Jiménez y el escaso Machado de esa época también. Perdonad, seguro que hay más. Pero lo que haya sonará más a arqueología

foucaultiana (Foucault,1997) que a otra cosa. Rubén Darío no quería que nadie le imitara, él presentaba su propuesta personal. Y de eso se trata, que cada poeta indague en su propia voz poética, que la busque y trate de encontrarla, que la desarrolle. A partir de ahí, el cauce que se elija es más una cuestión de orgullo y vanidad poética, de pretensión y expectativas, y de modo de vida. Si se prefiere ser un poeta de Internet no le restará mérito a la obra, aunque suele ser “natural” publicar en papel, y en la editorial que cada uno pueda. El papel, hasta ahora, es la inclinación de los escritores, da prestigio, pero estamos hablando de una sociedad literaria y de un circuito literario. También esto está cambiando. Aunque todo va más lento de lo que parece, y va poco a poco. ◆

REFERENCIAS

Abril, J. C. (2008). *Deshabitados*. Granada: Diputación: El Maillot Amarillo.

_____. (Enero de 2014). “El mercado de la poesía de la experiencia”, *Tonos Digital: Revista electrónica de estudios filológicos*, 26, Universidad de Murcia. Disponible en: http://www.um.es/tonosdigital/znum26/secciones/estudios-01-abril_poesia_exper.htm

Agamben, G. (2005). *Profanaciones*. Trad. de Edgardo Dobry. Barcelona: Anagrama.

Bourdieu, P. (1995). *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Trad. de Thomas Kauf. Barcelona: Anagrama.

Eliot, T. S. (1949): *Notas para la definición de la cultura*. Trad. de Jerónimo Alberto Arancibia, Buenos Aires: Emecé Editores.

Foucault, M. (1997 [1966]). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Trad. de Elsa Cecilia Frost. Madrid: Siglo XXI.

García, J. de D. (2008). “Revistas digitales de poesía en lengua española hoy”, *Paraíso. Revista de Poesía*, 3, Universidad de Jaén, 29-38.

Ong, W. J. (1987). *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. Trad. de Angélica Scherp. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Pasolini, P. P. y Rohmer, E. (1970). *Cine de poesía contra cine de prosa*. Trad. de Joaquín Jordá. Barcelona: Anagrama.



